

6-259
D. Complotan VI 89
90
CASA MUSEO UNAMUNO

Sobre el dialecto criollo argentino y otras cosas

Hace unos días aludíame aquí, con muy honrosa alusión, el amigo Gómez Carrillo, a propósito de la trola aquella que corrió por España de que en la Universidad de Buenos Aires se hubiese acordado hablar dialecto criollo argentino. Preguntábase Gómez Carrillo cómo es que no haya dicho nada sobre eso yo, y me llamaba "embajador de la intelectualidad americana de Castilla".

¿Que por qué no he dicho nada de eso? Pues porque no hacía falta alguna que se dijese nada. Y si cada vez que corre por nuestra prensa alguna tontería referente a cosas de la América de lengua española tuviéramos que salir a rectificarla los que venimos desde antaño estudiando aquella España mayor, ¡aviados! estábamos! No nos bastaría el tiempo para escribir rectificaciones. Y la recíproca.

No hace mucho que ha corrido por diarios americanos, la desatinada especie de que yo había dicho que era menester enviar de aquí, de España, a la América española, profesores que les enseñasen a pronunciar el español. La especie ha debido de salir de algún español de España y dolido de que le haya dicho, no que no sepa pronunciar su lengua, sino que se empeñe en escribirla como no la habla.

No, no podemos salir al paso a muchas ineptias. Y menos a ineptias lingüísticas.

En la Argentina se habla y escribe la que allí llaman lengua nacional, que no es ni más ni menos que el español. Y saben perfectamente los argentinos doctos que casi todos los idiotismos y modismos allí populares, los del "Martín Fierro", v. gr. son de origen español. Todavía hoy mismo acabo de leer en "El Crítico", de Baltasar Gracián, la palabra "zonzo". Cada vez que un argentino —y respectivamente un chileno, peruano, venezolano, guatemalteco, mejicano, etc.— dice: "como decimos por acá", puede asegurarse que también en alguna región española —extremaña o andaluza, por lo común— se dice lo mismo. Lo que hay también es que emigrantes españoles de

Galicia, Asturias, Vascongadas, Cataluña, Valencia, etc., que saben mal el español de Castilla, se meten allá a querer corregir a los criollos o se burlan de giros de la más genuina estirpe castellana.

Fué, entre otros, un señor Abeille, francés —por lo menos de origen— desconocedor del español popular de España, el que echó a rodar lo del idioma argentino y fué un argentino de origen italiano, don Carlos Pellegrini, ignorante también del habla popular española e ignorante del proceso de integración de las diferencias dialectales, el que dijo que dentro de un siglo la lengua española se habría diferenciado en varias lenguas en América.

Un discípulo mío, palentino, que ha enseñado español durante unos años en Holanda, se encontró allí con un alemán, competidor suyo en esa enseñanza, que se anunciaba como enseñando el español de América, o el hispanoamericano, creyendo llevar ventaja con ello.

Pero más daño que los criollistas americanos, han hecho en esto los casticistas españoles. Martínez Villergas hizo en la Argentina más daño a la causa española que la hubiera hecho si hubiese querido, que no lo quiso, el gran Sarmiento, el argentino de más envidia española. Como que cuando hablaba mal de España no decía mal de ésta, sino lo mismo que nosotros, los españoles de España, decimos de ella mal. Y lo decía en español. ¡Y en muy español! Como que es uno de nuestros grandes clásicos de lengua del siglo XIX. Y de los doctos lingüistas americanos, entre los que descuella, después de Andrés Bello, José Rufino Cuervo, el colombiano, ¿qué vamos a decir que no se sepa entre los que de esto saben algo!

Gómez Carrillo, en su crónica, alude también a eso de que "don Eduardo Dato va a realizar su noble y patriótico ensueño de acompañar al rey a la Argentina". Y no vamos ahora y aquí a juzgar de la conveniencia y oportunidad de ese viaje. Pero si llega a realizarse, ocasión será de que acompañen allá al jefe del Estado español, personajes y persona-

jillos oficiales y officiosos, senadores y académicos. ¡Claro está! que vayan a poner remedio a eso del dialecto criollo argentino y a enderezar otros entuertos de allende el océano. Para qué va a servir, si no, el flamante hispanoamericanismo de real orden? ¿Y esas juventudes, también de real orden, hispanoamericanas?

Por nuestra parte, amigo Carrillo, los que usted llama embajadores de intelectualidad, nos quedaremos aquí con nuestra embajada. Y no por falta de ganas de irnos, no. Y aunque fuese para quedarnos allí a esperar que en España se establezca el imperio de la verdad, que es el de la justicia. Nos quedaremos y aunque nos llamen —que ya, y más de una vez nos han llamado— hasta que no podamos o amagar rompiendo todas las amarras o ir con vuelta, pero en las condiciones de dignidad y de independencia morales que ha de querer siempre un hombre independiente y digno. Y este en la España de don Eduardo Dato y consortes, no es cosa fácil. ¿Verdad, señor conde de Romanones? No aludimos, ¡claro está! a pensiones oficiales o del Estado. No nos ha ganado la pordiosería ambiente. Pordiosería tan apastosa que hasta hay quien mendigue verdad y justicia, como si fuesen limosna.

Ya habrá visto, pues, el lector por qué no nos creamos obligados a rectificar las necedades que sobre la América de lengua española se dicen aquí. Necesidades algunas veces oficiales. El arte es largo y la vida corta, que dijo Hipócrates.

MIGUEL DE UNAMUNO

